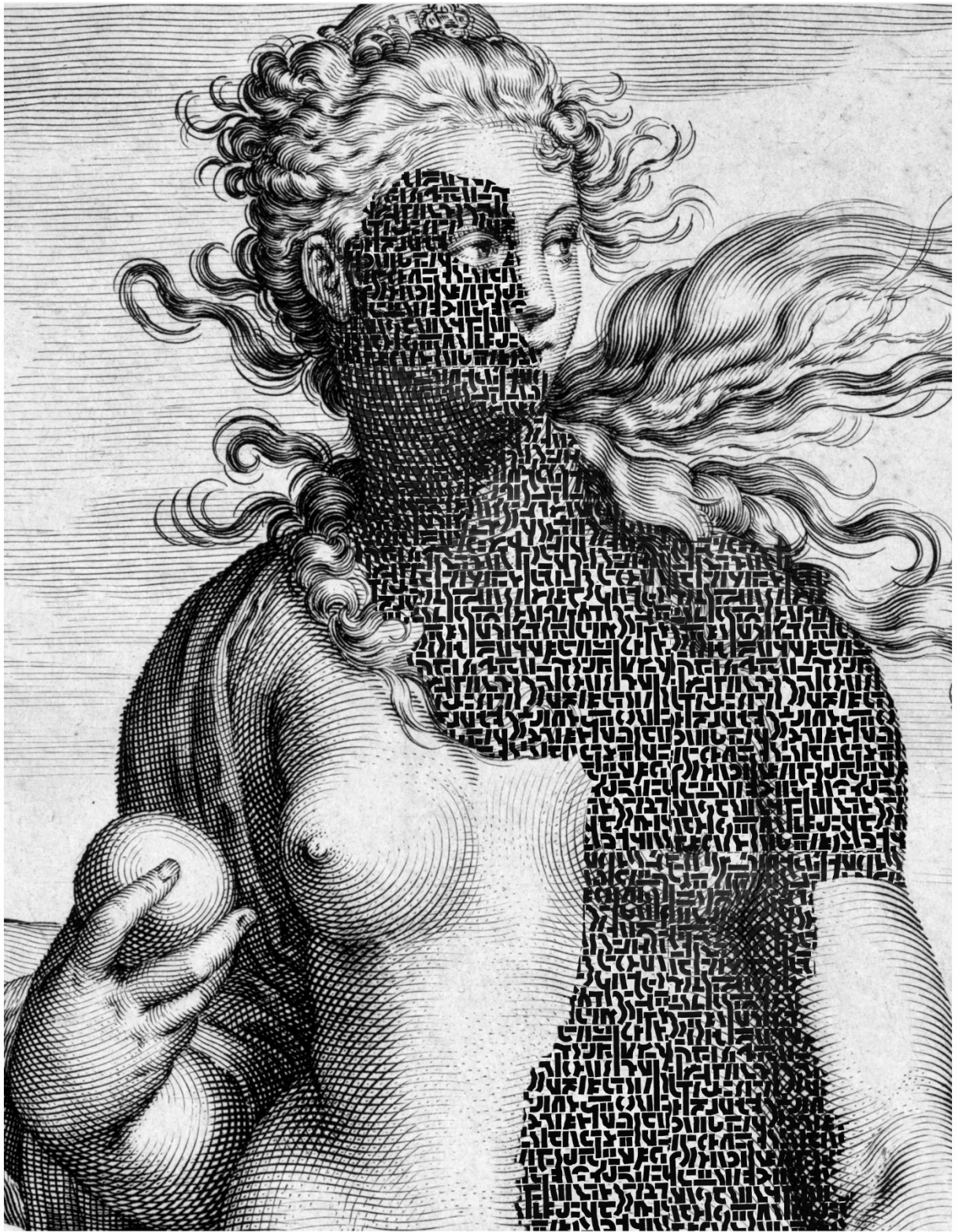




— Sin título (Collage digital, 2024).
Kirin

Textos de estudiantes (Diplomatura)

Presencias reales

Leer y escribir son prácticas sostenidas sobre el pretexto de una formación ética y poética. Julián Gorodischer guía su enseñanza en la Diplomatura en Escritura Creativa bajo la convicción de que la lectura abre a cada paso novedosas dimensiones de sentido. Los trabajos de Elian Faiman y Sol Reali lo confirman poéticamente.

Una voz que ya no escribe sola

por Julián Gorodischer

La escritura suele imaginarse como un acto solitario: alguien frente a una página, aislado del mundo, buscando una voz propia. Pero los textos reunidos en estas páginas cuentan otra cosa. Revelan que, muchas veces, una voz aparece recién cuando encuentra quién la escuche. Que escribir también puede ser una forma de pertenecer.

Eso atraviesa profundamente la experiencia del Diplomado en Escritura Creativa de UNTREF: no solamente el aprendizaje técnico —que lo hubo, y mucho— sino la construcción gradual de una comunidad de lectura, de confianza y de reconocimiento mutuo. Un espacio donde la literatura dejó de ser una fantasía privada, un archivo perdido en Word o una intuición silenciosa, para convertirse en conversación, discusión, humor, obsesión compartida y presencia real frente a otros.

Hay algo especialmente vital en las escrituras que aparecen aquí: el modo en que se animan a exponerse. Los textos hablan del desarraigo, de venir “del interior”, de las identidades desplazadas, del deseo, de la fragilidad, de la incomodidad y de la necesidad profunda de encontrar un lenguaje propio. Pero también narran algo menos evidente y quizás más importante: el nacimiento de un “nosotros”.

Ese “nosotros” aparece incluso en los márgenes. En el grupo de WhatsApp convertido en bitácora afectiva del curso. En las discusiones sobre poesía, humor, cancelación o patriarcado. En las clases grabadas y los apuntes compartidos. En la ansiedad frente a las devoluciones, en las consignas que desconcertaban, en los

códigos internos que empezaron como chiste y terminaron funcionando como una lengua común. Lo literario, acá, no ocurrió solamente en los textos finales: ocurrió también en la conversación permanente que los hizo posibles.

Y si algo vuelve especialmente potente a este conjunto es la diversidad de voces que esa comunidad logró sostener. Hay escrituras atravesadas por el humor, la memoria y la pertenencia territorial; otras avanzan hacia zonas más incómodas, donde la identidad, el cuerpo y el deseo aparecen sin demasiados resguardos ni voluntad de agradar. Pero todas comparten una misma decisión: abandonar, aunque sea por momentos, la pose defensiva con la que tantas veces se escribe para empezar a hacerlo desde un lugar más vulnerable, más arriesgado y también más verdadero.

Pocas cosas resultan tan estimulantes como asistir a ese instante en que alguien deja de escribir únicamente para sí mismo y empieza a hacerlo con conciencia de lector. Cuando entiende que la literatura no consiste solamente en expresarse, sino también en producir un efecto en otro: conmover, incomodar, divertir, interpelar o dejar una marca.

Tal vez por eso estos textos producen una sensación extraña y conmovedora: la de asistir simultáneamente a un cierre y a un comienzo. Registran el final de una etapa intensa, atravesada por vínculos y descubrimientos, pero también dejan abierta una compuerta difícil de clausurar. Porque cuando alguien encuentra finalmente una voz y, además, encuentra quién la espere, algo cambia para siempre.

Para ellos, el Diplomado ya pasó. Queda la literatura. Y queda, sobre todo, la certeza de que ese “nosotros” construido en la escritura se resiste a convertirse en recuerdo. Sigue ahí: vivo, presente, escribiéndose.